



## Felipe, el católico

La lógica de Calderón es impecablemente católica: si uno vive desviado del buen camino (hijo de divorciado, o de madre soltera) acabará pecando en grande (capo de cártel); pero no se sustenta en la realidad, como otras áreas de todo pensamiento religioso

**F**elipe Calderón, como millones de mexicano, cree en Dios. De hecho cree en un Dios específico, uno de tantos, uno cuyo hijo, según quienes creen en él, vino a la tierra hace 2 mil años, hizo milagros, fue crucificado, asesinado y después resucitó. Ese es el Dios en el que creen Calderón y millones de mexicanos. Es su derecho.

Hay otros mexicanos, millones también, que creen en otros dioses. Otros, diferentes, con otras historias, otros valores retratados en otros libros sagrados, que no son la Biblia. Es su derecho.

Y hay otros, millones también, que no creen en ningún Dios. Ninguno. Es su derecho. Ahí, también puede ser que comience el problema.

Porque la religión que profesa Felipe Calderón, como todas las religiones, es sobre todo una visión del mundo, una construcción teórica para explicar el mundo a partir de una serie de dogmas contruidos a lo largo del tiempo. La religión del Presidente, y millones de mexicanos, es particularmente clara y contundente en algunas cosas: las parejas no deben divorciarse, las parejas no deben usar métodos anticonceptivos no naturales hasta que no se hayan casado por la Iglesia, los no casados no deben tener relaciones sexuales, la homosexualidad no es natural, sino una perversión (aunque quieren mucho a los homosexuales); el aborto no debe practicarse en ningún caso, el matrimonio sólo debe ser entre parejas de sexos diferentes, y

la gente no decide cuando se muere. Tiene la Iglesia católica muy pocas dudas al respecto de estos aspectos. En siglos no ha cedido, a pesar de que sus fieles ignoren todos los días alguno de dichos mandamientos.

El detalle es que estas ideas están en muchas ocasiones enfrentadas a leyes y políticas públicas mexicanas.

En el caso del aborto, los métodos anticonceptivos, el divorcio, y ahora en la ciudad con quién casarse y cómo morir; chocan con mandamientos esenciales de la Iglesia católica.

Esto se resuelve todos los días gracias al régimen de libertades democráticas. Quien no cree que el aborto es pecado, pues va y tiene uno. Quienes no temen a la represalia divina por separarse de su mujer, pues van y se divorcian. Los católicos, supongo, hacen otras cosas. O las mismas y luego se confiesan.

El problema es cuando esa muy particular visión del mundo, esa aproximación a la realidad que llamamos religión comienza a permear la construcción de políticas públicas. Y es ahí, me parece, donde el discurso del presidente Calderón resbaló en su presentación frente a la jerarquía católica que vino a México a defender el modelo de familia en que ellos creen.

Para el presidente Calderón no hay duda, sólo la familia tradicional, mamá, papá (juntos) e hijitos es una familia "sólida" (su palabra). Incluyendo, según su discurso a aquellos que se divorcian, desintegrando un núcleo familiar dijo, para reintegrarse a otro.

(¿Cuántos millones de mexicanos habrán en ese caso?).

Para ellos, dijo el Presidente, nuestra solidaridad: "Las personas tenemos el deber de incorporar y de respaldar a quienes forman parte de una familia integrada por una madre soltera y su hija o hijo, o bien por un nuevo matrimonio o, particularmente, de quienes en los suburbios de las ciudades o en los pueblos que sufren la migración en nuestro país carecen de la presencia cotidiana de sus padres o de sus hijos. Tenemos que encontrar la manera de apoyar a quienes por diversas razones no forman parte de un núcleo familiar tradicional".

Quienes no viven como quieren los católicos "no tienen la oportunidad de crecer o formarse en un núcleo familiar estable y con principios firmes". Con ellos, los desafortunados, insistió el Presidente: "estamos obligados a la solidaridad, a transmitir los valores que nos dan fuerza y nos identifican y a buscar la manera de compensar subsidiariamente desde la comunidad, desde las organizaciones sociales, desde las comunidades intermedias, desde las instituciones públicas y, por supuesto, desde el gobierno a quienes no tuvieron esa oportunidad de vida de familia".

El adjetivo está puesto. Millones de integrantes de familias con padres divorciados y vueltos a casar o con madres y padres solteros merecen más que otros. Y de ahí temerario, se puso a hacer sociología.

"Vale la pena señalar, amigos, que la proliferación de individuos

Continúa en siguiente hoja



Fecha 17.01.2009	Sección Opinión	Página 3
---------------------	--------------------	-------------

que hacen de la violencia, del miedo, del crimen y del odio su forma de vida coincide, por desgracia, en una gran medida, con la fragmentación y la disfuncionalidad que afectaron su entorno familiar”.

¡Pácatelas!

¿Y ese estudio por qué no lo compartió?

¿O sea que si uno viene de un ambiente disfuncional, habrá que trabajar más para no convertirse en delincuente? ¿No coincide también con la pobreza, por ejemplo? ¿Si el problema del crimen es el de la familia, para qué sacó a la calle al Ejército? ¿Mejor un ejército, pero de terapistas familiares?

La lógica de Calderónes impecablemente católica: si uno vive desviado del buen camino (hijo de divorciado, o de madre soltera) acabará pecando en grande (capo de cártel); pero no se sustenta en la realidad, como otras áreas de todo pensamiento religioso. ■■

[masalla@gmail.com](mailto:masalla@gmail.com)

**“... la proliferación de individuos que hacen de la violencia, del miedo, del crimen y del odio su forma de vida coincide, por desgracia, en una gran medida, con la fragmentación y la disfuncionalidad que afectaron su entorno familiar”**



¡Qué bonita familia! Enero de 2009